

***Notas adicionales a la situación de las clases trabajadoras en
Inglaterra. Un turn-out inglés***
Federico Engels
Enero-febrero de 1846

(Tomado de *OME-6*, Crítica, Barcelona, 1978, páginas 548-561, también para las notas. Publicado en *Das Westphälische Dampfboot*, Bielefeld 1846. Número de enero, páginas 17-21, número de febrero, páginas 61-67.)

En mi libro referente al tema anterior¹ no me fue posible aportar pruebas efectivas para los diversos puntos en particular. A fin de que el libro no resultase demasiado grueso e indigesto, hube de considerar mis manifestaciones como suficientemente demostradas si las había acreditado mediante pasajes probatorios de documentos oficiales, escritores o escritos no interesados o pertenecientes a los bandos contra cuyos intereses me oponía. Esto resultaba suficiente para protegerme de las réplicas en aquellos casos en los cuales no podía hablar por propia observación, en la medida en que entré en descripciones detalladas de determinados modos de vida. Pero no era suficiente para engendrar en el lector la certeza incontrovertible que sólo puede darse mediante *hechos* contundentes e indiscutibles y que no puede ser producida por meros razonamientos, sobre todo en un siglo que, a causa de la infinita “sabiduría de los padres”, está obligado al escepticismo, por buenas que sean las autoridades que produzcan dichos razonamientos. Por último, cuando los hechos se agrupan para constituir principios, cuando no se trata de describir la situación de pequeñas secciones individuales del pueblo, sino la posición recíproca de clases íntegras, los hechos son absolutamente necesarios. Por los motivos que acabo de mencionar, no he podido aportarlos en todos los casos. Ahora compensaré esta deficiencia inevitable, y de tanto en tanto aportaré hechos tales como los que hallo en las fuentes que se encuentran a mi disposición. Para demostrar al mismo tiempo que mi descripción aún conserva vigencia en la fecha de hoy, sólo acudiré a hechos que hayan ocurrido el año anterior, después de mi partida de Inglaterra, y que sólo han llegado a mi conocimiento desde la impresión de este libro.

Los lectores del mismo recordarán que lo que me importaba principalmente era describir la posición recíproca de la burguesía y del proletariado y la necesidad de la lucha entre estas dos clases; pero que en lo que me hallaba especialmente empeñado era en demostrar la total justificación del proletariado para esta lucha y en desplazar las bonitas palabras de la burguesía mediante sus horribles hechos. Desde la primera hasta la última página escribí un acta de acusación contra la burguesía inglesa. Aún presentaré ahora algunas bellas piezas probatorias. Por lo demás, he insinuado suficiente pasión en lo que a estos burgueses ingleses respecta; ni se me ocurre volver a acalorarme retrospectivamente sobre el particular y, en cuanto de mí dependa, conservaré, mientras trate este asunto, mi buen humor.

El primer buen ciudadano y excelente padre de familia con quien nos encontramos es un viejo amigo o, mejor dicho, son dos. Los señores *Pauling & Henfrey* ya tuvieron en 1843 (sabe Dios por cuánta vez) una disputa con sus obreros, a quienes no fue posible disuadir con buenas razones de su exigencia de recibir mayor salario por mayor trabajo y que por ello paralizaron el trabajo. Los señores *Pauling & Henfrey*, que son importantes empresarios de construcciones y ocupan a muchos ladrilleros, carpinteros, etc., tomaron

¹ Se refiere a [La situación de la clase obrera en Inglaterra](#), Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – Edicions Internacionals Sedov.

a otros obreros; esto dio origen a disputas y, en definitiva, a una batalla sangrienta con fusiles y garrotes en la fábrica de ladrillos de Pauling & Henfrey, que concluyó con la deportación de media docena de obreros a Van Diemens Land, tal como puede leerse con mayor extensión en el trabajo citado. Pero los señores Pauling & Henfrey deben tener algún asunto con sus obreros todos los años, pues de lo contrario no son felices, y fue así como en octubre de 1844 recomenzaron los altercados. Esta vez se trataba de los carpinteros, cuyo bienestar se habían propuesto lograr los filantrópicos empresarios de la construcción. Desde tiempos inmemoriales reinaba entre los carpinteros de Manchester y sus inmediaciones la costumbre de no encender luces desde la fiesta de la Candelaria² hasta el 17 de noviembre, es decir, de trabajar, durante los días largos, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, y durante los días cortos iniciar las tareas en cuanto aclarase y cesar en cuanto oscureciese. Luego, a partir del 17 de noviembre, se encendían las luces y se trabajaba a tiempo completo. Pauling & Henfrey, cansados ya desde hacía mucho de esa costumbre “bárbara”, decidieron aniquilar este resabio de la “época oscurantista” con ayuda de la iluminación de gas, y una tarde en que los carpinteros, al no alcanzarles la vista antes de las seis horas, abandonaron sus herramientas y echaron mano a sus chaquetas, el capataz encendió el gas y señaló que debían trabajar hasta las seis. Los carpinteros, disconformes con esto, convocaron una asamblea general de los trabajadores de su oficio. Asombradísimo, el señor Pauling preguntó a sus obreros si no estaban conformes, ya que habían convocado una asamblea. Algunos observaron que no habían sido directamente ellos, sino la comisión directiva de la asociación obrera de su oficio la que había convocado la asamblea, a lo cual respondió el señor Pauling que la asociación obrera no le importaba. un bledo y que quería proponerles algo: si permitían que se encendiesen las luces, les daría a cambio tres horas libres los sábados y (¡qué magnánimo!) también les permitiría trabajar un cuarto de hora extra por día, la cual se pagaría aparte. Pero, eso sí, cuando todas las demás fábricas comenzasen a encender las luces, ¡debían trabajar media hora más a cambio! Los obreros pensaron esta propuesta y calcularon que, en virtud de ella, durante los días cortos los señores Pauling & Henfrey aprovecharían una hora de trabajo íntegra diariamente, que cada obrero debería trabajar en total 92 horas, vale decir 91/4 días extra, sin percibir a cambio de ello ni un céntimo; y que, dado el número de obreros ocupados por la firma, ello haría que los citados señores ahorrasen, durante los meses de invierno, £. 400 (2.100 táleros) en materia de salarios. Los obreros celebraron pues su asamblea, explicaron a sus camaradas de oficio que, si una firma lograba esto, todas las demás la seguirían y que ello daría lugar a una disminución general e indirecta del salario que despojaría a los carpinteros del distrito de cerca de £. 4.000 anuales. Por consiguiente, se resolvió que todos los carpinteros de Pauling & Henfrey presentasen al lunes siguiente su preaviso trimestral de despido y que, en caso de que sus patrones no recapacitasen, paralizarían las tareas una vez transcurrido dicho lapso. A cambio de ello, la asociación obrera les prometió que durante la eventual huelga les prestaría la ayuda de una contribución general.

El lunes 21 de octubre los obreros concurren a su trabajo y dieron el preaviso de despido, a lo cual se les contestó que podían irse de inmediato, cosa que, como es natural, hicieron. Esa misma noche tuvo lugar otra asamblea de todos los trabajadores de la construcción, en la cual todos los distintos ramos laborales ocupados en la construcción aseguraron su apoyo a los desocupados. El miércoles y el jueves siguientes, todos los carpinteros de las inmediaciones, ocupados para Pauling & Henfrey, paralizaron asimismo sus tareas, y con ello el *strike* se hallaba en plena marcha.

² 2 de febrero.

Los empresarios de la construcción, que de este modo quedaron súbitamente en seco, enviaron de inmediato gente en todas direcciones, inclusive hasta Escocia, para contratar obreros, ya que en todas las inmediaciones no podía hallarse ni una sola alma que quisiese trabajar a su servicio. En pocos días llegaron exactamente trece personas provenientes de Staffordshire. Pero en cuanto los huelguistas tuvieron ocasión de hablar con ellos y de explicarles que habían paralizado el trabajo por discrepancias, cuyos motivos explicaron, varios de los recién llegados se negaron a seguir trabajando. Contra esto los patrones disponían de un medio práctico: hicieron citar a los rebeldes, junto con su instigador, ante el juez de paz *Daniel Maude, esquire*. Pero antes de seguirlos allí debemos exponer como corresponde las virtudes de Daniel Maude, *esquire*.

Daniel Maude, *esquire*, es el “*stipendiary magistrate*”; o juez de paz remunerado de Manchester. Habitualmente los jueces de paz ingleses son ricos burgueses o terratenientes, a veces también sacerdotes, nombrados por el ministerio. Pero puesto que estos *dogberries* nada saben de la ley, cometen los mayores errores, dejan en ridículo a la burguesía y la dañan, pues si un obrero cuenta con la defensa de un abogado listo, muy a menudo los confunde, haciendo que al condenarlo omita alguna forma legal (lo cual trae aparejada una apelación con buenos resultados) o hasta que se deje inducir a la absolución. Además de ello, los ricos fabricantes de las grandes ciudades y de los distritos industriales no tienen tiempo para aburrirse a diario en el juzgado de paz, y prefieren colocar allí a un *remplaçant*.³ En consecuencia, en estas ciudades se suelen emplear jueces de paz a sueldo, juristas que han efectuado estudios, por pedido de las propias ciudades, capaces de favorecer a la burguesía con todos los trucos y distingos del derecho inglés, con agregados y enmiendas en caso de necesidad. En el ejemplo siguiente veremos cómo se comportan en ese cometido.

Daniel Maude, *esquire*, es uno de los jueces de paz liberales que fueron empleados masivamente bajo el gobierno de los *whigs*. De entre sus hazañas cometidas dentro y fuera de la arena de la Manchester Borough Court hay dos que hemos de mencionar aquí. Cuando en 1842 los fabricantes lograron obligar a los obreros de Lancaster del Sur a una insurrección, la cual estalló a comienzos de agosto en Stalybridge y Ashton, el 9 de agosto unos 10.000 obreros se dirigieron desde allí hacia Manchester, con el cartista Richard Pilling al frente, “para negociar con los fabricantes en la Bolsa de Manchester, y también para ver qué aspecto presentaba el mercado local”. En el acceso de la ciudad los recibió Daniel Maude, *esquire*, con todo el loable personal de la policía, un destacamento de caballería y una compañía de cazadores. Pero todo esto era solamente formal, ya que los fabricantes y los liberales estaban interesados en que la insurrección se expandiese y obligase a la derogación de las leyes cerealeras. En esto Daniel Maude, *esquire*, estaba completamente de acuerdo con sus honorables colegas, comenzó a capitular con los obreros y les permitió entrar en la ciudad bajo la promesa de “mantener la paz” y de seguir una ruta determinada. Sabía muy bien que los insurgentes no lo harían, y tampoco lo deseaba; mediante el empleo de un poco de energía hubiese podido dispersar en aquella fase embrionaria toda la forzada insurrección, pero en tal caso no hubiese obrado en interés de sus amigos abolicionistas de las leyes cerealeras, sino en interés del señor Peel; fue así como hizo retirarse al ejército y permitió la entrada de los obreros en la ciudad, donde de inmediato paralizaron todas las fábricas. Pero cuando la insurrección asumió un carácter decididamente *opuesto* a la burguesía liberal, ignorando por entero las “infernales leyes cerealeras”, entonces Daniel Maude, *esq.*, volvió a asumir su dignidad de juez, hizo arrestar a los obreros por docenas y enviar sin compasión alguna a la cárcel por “alteración de la paz”, de modo que primeramente provocó las alteraciones de la paz y luego las

³ Reemplazante.

castigó. Otro rasgo característico de la carrera de este Salomón de Manchester es el siguiente. Desde que en varias ocasiones ha recibido palizas públicamente, la liga anti-leyes cerealeras celebra asambleas secretas en Manchester, para las cuales es menester poseer entradas, pero cuyas resoluciones y peticiones se pretende que sean consideradas por el gran público como las de una asamblea pública, como manifestaciones de la “opinión pública” de Manchester. A fin de poner término a esta mendaz fanfarronería de los fabricantes liberales, tres o cuatro cartistas, entre ellos mi buen amigo *James Leach*, se procuraron algunos billetes y asistieron a una de tales asambleas. Cuando el señor *Cobden* se puso de pie para hablar, *James Leach* preguntó al presidente si ésa era una asamblea pública. ¡En lugar de responder, éste hizo entrar a la policía y arrestar sin más a *Leach*! Un segundo cartista repitió la pregunta, y luego un tercero y un cuarto; uno tras otro fueron aprehendidos por los “cangrejos crudos” (la policía), que se hallaban en gran número junto a la puerta, y enviados al ayuntamiento. A la mañana siguiente comparecieron ante *Daniel Maude, esq.*, quien ya estaba al corriente de todo. Se les acusó de haber perturbado una asamblea, apenas si se les dejó hablar, y luego escucharon un solemne discurso de *Daniel Maude, esq.*, en el cual éste les decía que los conocía, que eran vagabundos políticos que no hacían otra cosa que provocar escándalos en todas las asambleas, intranquilizar a gentes serias y decentes y que había que poner fin a todo esto. Por eso (ya que *Daniel Maude, esq.*, sabía muy bien que no podía condenarlos a una pena real), por esta vez los condenaba a pagar las costas.

Ante este *Daniel Maude, esquire*, cuyas virtudes burguesas acabamos de describir, fueron traídos pues, a la rastra, los obreros rebeldes de *Pauling & Henfrey*. Pero éstos tuvieron la precaución de traer consigo a un abogado. En primer lugar, le tocó el turno al obrero recién llegado de *Staffordshire*, quien se negó a proseguir trabajando allí donde otros habían parado las tareas en defensa propia. Los señores *Pauling & Henfrey* tenían en sus manos un compromiso escrito de los obreros arribados desde *Staffordshire*⁴, el cual se sometió entonces al juez de paz. El defensor de los obreros alegó que este convenio había sido firmado en domingo, por lo cual carecía de validez. *Daniel Maude, esq.*, admitió con gran dignidad que las “transacciones comerciales” llevadas a cabo en domingo carecían de validez; pero él no podía creer que los señores *Pauling & Henfrey* considerasen a ésta como una “transacción comercial”. En consecuencia, le explicó al pobre diablo, sin preguntarle mucho si “consideraba” este documento como una “transacción comercial”, que debía seguir trabajando o bien divertirse durante tres meses en la cárcel. (¡Oh, Salomón de Manchester!). Una vez despachado este caso, los señores *Pauling & Henfrey* hicieron comparecer al segundo acusado. Éste se llamaba *Salmon* y era uno de los antiguos obreros de la firma que habían paralizado las tareas. Se le acusaba de haber intimidado a los nuevos obreros, para inducirlos asimismo a la huelga. El testigo (uno de estos últimos) declaró que *Salmon* lo había tomado del brazo y que había hablado con él. *Daniel Maude, esq.*, preguntó si el acusado había empleado tal vez amenazas o si le había pegado. (¡No!, dijo el testigo).

Daniel Maude, esq., contento de hallar una ocasión para dejar resplandecer su imparcialidad (después de que acababa de cumplir con sus deberes para con la burguesía) declaró que no había nada que incriminase al acusado. Que éste tenía pleno derecho de pasear por la vía pública y de hablar con otras gentes, mientras no incurriese en palabras

⁴ Este contrato contenía lo siguiente: el obrero se comprometía a trabajar *durante seis meses* para *Pauling Henfrey* y a *darse por satisfecho con el salario que éstos le dieran*; pero que *Pauling & Henfrey* no estaban obligados a tenerlo durante seis meses, sino que podían despedirlo en *cualquier momento* con una semana de preaviso; y que si bien *Pauling & Henfrey* adelantaban sus gastos de viaje desde *Staffordshire* hasta *Manchester*, los recuperarían reteniendo semanalmente 2 chelines (20 *groschen* de plata) de su salario. ¿Qué os parece este hermoso ejemplar de contrato?

o acciones intimidatorias; y que por ello lo absolvía. Pero los señores Pauling & Henfrey por lo menos habían tenido el placer de hacer pasar a Salmon una noche encerrado a cambio de pagar los costos judiciales, etc., y eso ya era algo. La alegría de Salmon tampoco duró mucho. Había sido liberado el jueves 31 de octubre; ya al martes siguiente, 5 de noviembre, volvía a ser acusado por Daniel Maude, esq., de haber agredido en la calle a los señores Pauling & Henfrey. El mismo jueves en que fuera absuelto Salmon, llegaba un número de escoceses a quienes habían atraído a Manchester mediante pretextos mendaces en el sentido de que las reyertas habrían acabado y que Pauling & Henfrey no podían hallar en su comarca suficientes obreros para sus vastos contratos, etcétera. El viernes vinieron a verlos varios carpinteros escoceses que trabajaban desde hacía bastante tiempo en Manchester, para explicarles a sus compatriotas la causa de la paralización de las tareas. Gran cantidad de sus colegas (cerca de 400) se reunieron en torno a la posada donde habían sido alojados los escoceses. Pero se los mantenía prisioneros allí, poniéndose un capataz como centinela en la puerta. Algún tiempo más tarde llegaron los señores Pauling & Henfrey, para conducir personalmente a sus nuevos obreros hacia la fábrica. Al salir el cortejo, los afuera reunidos dijeron a los escoceses que no trabajasen en contra de las reglas del oficio en Manchester y que no causaran la vergüenza de sus coterráneos. Dos de los escoceses quedaron realmente un tanto rezagados y el propio señor Pauling corrió en pos de ellos para arrastrarlos hacia adelante. La multitud se mantuvo en calma, impidiendo solamente el rápido andar del cortejo y diciéndole a las gentes que no se mezclasen en asuntos ajenos, que volviesen a sus casas, etcétera. Finalmente, el señor Henfrey se enfadó; veía a varios de sus antiguos obreros, y entre otros a Salmon; entonces, para poner fin a esta situación, tomó a éste del brazo; el señor Pauling le cogió el otro, y ambos gritarán con todas sus fuerzas reclamando la presencia de la policía. Se acercó entonces el comisario de policía y preguntó de qué se acusaba a ese hombre, ante lo cual los dos socios se vieron en una situación muy embarazosa; pero, según dijeron, “conocemos a este hombre”. Oh, dijo el comisario, eso es suficiente, entonces podemos dejarlo ir por ahora. Los señores Pauling & Henfrey, forzados a presentar alguna demanda contra Salmon, reflexionaron durante varios días hasta que, finalmente y por consejo de su abogado, presentaron la demanda anteriormente citada. Después de haberse interrogado a todos los testigos contrarios a Salmon, se incorporó súbitamente en defensa del acusado *W. P. Roberts*, “el procurador general de los mineros”, terror de todos los jueces de paz, y preguntó si aún debía presentar a sus testigos, ya que nada se había expuesto en contra de Salmon. Daniel Maude, *esq.*, le hizo interrogar a sus testigos, quienes demostraron que Salmon se había comportado con toda calma hasta que el señor Henfrey lo asiera del brazo. Cuando hubieron concluido las argumentaciones en pro y en contra, Daniel Maude, *esq.*, declaró que emitiría su fallo el día sábado. La presencia del procurador general Roberts lo indujo evidentemente a reflexionar dos veces antes de hablar una.

El sábado, Pauling & Henfrey presentaron, además de la acusación en trámite, una querrela criminal, por conjuración e intimidación, contra tres de sus antiguos obreros, Salman, Scott y Mellar. Con ello pretendían asestar a la asociación obrera una puñalada mortal, y para estar seguros frente al temido Roberts hicieron venir desde Londres a un prestigioso jurista, el señor *Monk*. Éste trajo como testigo primeramente a uno de los nuevos escoceses contratados, *Gibson*, quien también había servido ya de testigo contra Salmon el martes anterior. Éste declaró que el viernes 1 de noviembre, cuando él y sus compañeros salían de la posada, fueron rodeados por una muchedumbre, ocasionalmente empujados y tironeados por ella, y que los tres acusados se hallaban entre esa multitud. Entonces Roberts comenzó a interrogar a este testigo, lo confrontó con otro obrero y le preguntó si él, *Gibson*, no le había dicho la noche anterior a este obrero que el martes

anterior, en ocasión de deponer como testigo, *no sabía que había sido interrogado bajo juramento*, y que en general no sabía qué hacer ni decir en el tribunal de justicia. Gibson replicó que no conocía a ese hombre, que la noche de la víspera había estado junto con dos personas; pero puesto que estaba oscuro, no podía decir si éste había sido uno de ellos; *que también es posible que haya dicho algo por el estilo*, ya que en Escocia la forma del juramento es diferente a la de Inglaterra, y que no recordaba con exactitud. Ante esto se incorporó el señor Monk, afirmando que el señor Roberts no tenía el derecho de formular esta clase de preguntas, ante lo cual el señor Roberts replicó que esta clase de interrupciones estaban completamente en su lugar cuando se defendía una causa injusta, pero que él tenía el derecho de preguntar lo que quisiera, no sólo dónde había nacido el testigo, sino también dónde había permanecido desde ese día y qué había comido a cada día. Daniel Maude, *esq.*, confirmó este derecho del señor Roberts y sólo le aconsejó paternalmente que se atuviese en lo posible al asunto. El señor Roberts despidió entonces al testigo después de hacerle declarar aún que sólo al día siguiente del incidente que fundamentaba la acusación, es decir el dos de noviembre, había comenzado a trabajar realmente para Pauling & Henfrey. Entonces compareció como testigo el propio señor Henfrey quien declaró acerca del incidente lo mismo que Gibson. De inmediato, el señor Roberts le formuló la siguiente pregunta: ¿No está buscando usted alguna ventaja injusta con respecto a sus competidores? El señor Monk volvió a formular objeciones contra esta pregunta. Bien, dijo Roberts, la formularé más claramente. ¿Sabe usted, señor Henfrey, que las horas de trabajo de los carpinteros de Manchester se hallan determinadas de conformidad con ciertas reglas?

Señor Henfrey: No tengo nada que ver con esas reglas; tengo el derecho de hacer mis propias reglas.

Señor Roberts: Muy bien. Bajo juramento, señor Henfrey, ¿no exige usted a sus obreros una jornada de labor más prolongada que los demás empresarios de construcciones y maestros carpinteros?

Señor Henfrey: Sí.

Señor Roberts: ¿Cuántas horas, aproximadamente?

El señor Henfrey no lo sabía con exactitud, pero sacó su agenda para calcularlo.

Daniel Maude, *esq.*: No es necesario que usted lo calcule mucho tiempo, con tal de que nos diga aproximadamente a cuánto asciende.

Señor Henfrey: Pues bien, aproximadamente una hora por la mañana y una hora por la tarde durante seis semanas antes de la época en la cual se encienden habitualmente las luces, y otro tanto durante seis semanas después del día en que se termina habitualmente de encender la luz.

Daniel Maude, *esq.*: ¿Eso asciende entonces a 72 horas antes de encender las luces y 72 horas después de ello, es decir a 144 horas en doce semanas que debe trabajar de más cada uno de sus obreros?

Señor Henfrey: Sí.

Este anuncio fue recibido por el público con fuertes muestras de desagrado; el señor Monk contempló furioso al señor Henfrey y éste miró confuso a su jurista mientras el señor Pauling tironeaba al señor Henfrey de los faldones de su levita, pero ya era demasiado tarde; Daniel Maude, *esq.*, quien comprendió por cierto que ese día debía volver a desempeñar el papel de hombre imparcial, había oído la confesión y la había hecho pública.

Después de haber sido interrogados aún dos testigos sin importancia, el señor Monk dijo que con ello quedaban concluidas sus pruebas contra los acusados.

Daniel Maude, *esq.*, dijo entonces que la parte demandante no había fundamentado ninguna investigación criminal contra la parte demandada, pues no había

demostrado que los escoceses amenazados hubiesen sido tomados al servicio de Pauling & Henfrey antes del primero de noviembre, ya que no se demostraba la existencia de contrato de servicios u ocupación de esas personas antes del dos de noviembre, mientras que la denuncia había sido formulada el *primero* de noviembre; por consiguiente, ese día dichas personas aún no se hallaban al servicio de Pauling & Henfrey y los acusados estaban justificados si les hacían desistir, por todos los medios legales, de entrar al servicio de Pauling & Henfrey. En cambio, el señor Monk afirmó que los demandantes estaban contratados desde el mismo instante en que habían abandonado Escocia y se habían embarcado en el vapor. Daniel Maude, esq., observó que por cierto se había dicho que se había hecho un contrato de servicios de esta índole, pero que ese documento no había sido presentado. El señor Monk replicó que ese documento se hallaba en Escocia y que le rogaba al señor Maude que dejase en suspenso el caso hasta tanto pudiese aportarlo. Aquí interrumpió el señor Roberts, afirmando que esto era nuevo para él. Se había declarado cerrado el período de pruebas para la parte demandante, y sin embargo ésta solicitaba la postergación de la causa para aportar nuevas pruebas. Él insistía en que se prosiguiese el caso. Daniel Maude, *esq.*, resolvió que ambas cosas eran superfluas, ya que no había una demanda fundada, a raíz de lo cual se dejó en libertad a los acusados.

Pero entretanto, los obreros no habían permanecido inactivos. Semana tras semana realizaban asambleas en el salón de los carpinteros o en el salón de los socialistas, solicitaban a las diversas asociaciones obreras ayudas, las cuales llegaron en abundancia, no dejaron de dar a conocer por doquier el modo en que procedían Pauling & Henfrey, y, por último, enviaron delegados en todas direcciones para que, en todos aquellos lugares en los que Pauling & Henfrey tratasen de contratar personal, diesen a conocer la causa de esa tentativa de contratar personal a sus compañeros de oficio y de ese modo impidiesen que entrasen al servicio de esa firma. Apenas unas pocas semanas después de iniciarse el paro había siete delegados en viaje y carteles en las esquinas de todas las ciudades importantes del país alertando a los carpinteros desocupados ante Pauling & Henfrey. El 9 de noviembre algunos de estos delegados informaron, a su retorno, acerca de su misión. Uno de los mismos, de apellido *Johnson*, que había estado en Escocia, relató que el enviado de Pauling & Henfrey había contratado treinta obreros en Edimburgo; pero en cuanto éstos supieron por él el verdadero estado de cosas, declararon que preferirían morir de hambre que dirigirse a Manchester bajo semejantes circunstancias. Otro había estado en Liverpool y había vigilado los vapores que llegaban; pero no llegó ni un solo hombre, de modo que no halló nada que hacer. Un tercero había viajado por Cheshire, pero adonde llegase ya no encontraba qué hacer, pues el *Northern Star*, el periódico de los obreros, había difundido por doquier la verdadera situación de este asunto y la gente había perdido todo deseo de viajar a Manchester; más aún, en una ciudad, en Macclesfield, los carpinteros ya habían recaudado una contribución para ayudar a los huelguistas, prometiendo que en caso de necesidad aún aportarían con posterioridad un chelín por persona. En otros lugares indujo a sus compañeros de oficio a recaudar esta clase de contribuciones.

Para volver a dar a los señores Pauling & Henfrey, una vez más, la ocasión de llegar a un acuerdo con los obreros, el lunes 18 de noviembre se reunieron todos los oficios que participan en la construcción en el salón de los carpinteros, nombraron una diputación que debía llevar un mensaje a esos señores, y se dirigieron en procesión, con banderas y emblemas, hacia el local de Pauling & Henfrey. Al frente iba la diputación, seguida por el comité de organización del paro; luego, los carpinteros, los ladrilleros encargados de dar forma a los ladrillos y de someterlos a cocción, los jornaleros, los albañiles, los aserradores de madera, los vidrieros, los pintores, un grupo de músicos, los marmolistas, los carpinteros de muebles. Pasaron frente al hotel de su procurador general,

Roberts, y a su paso lo saludaron con sonoros hurras. Al llegar frente al local, la diputación se adelantó, mientras que la muchedumbre prosiguió su camino para celebrar una asamblea pública en Steversons Square. La diputación fue recibida por la policía, la cual les exigió sus nombres y direcciones antes de permitirles seguir su camino. Una vez llegados a las oficinas, los socios señores Sharps & Pauling declararon que no recibirían ningún mensaje escrito de una masa que sólo se había reunido con fines intimidatorios. La diputación negó tal finalidad, ya que la procesión ni siquiera se había detenido, sino que había proseguido su camino de inmediato. Mientras esta procesión, que contaba cinco mil integrantes, proseguía su marcha, la diputación fue finalmente recibida y, en presencia del jefe de policía, un oficial y tres cronistas periodísticos, llevada a una habitación. El señor Sharps, socio de Pauling & Henfrey, usurpó el sillón presidencial con la observación de que la diputación debía cuidarse con lo que decía, ya que todo iba a ser recogido en un protocolo, como corresponde, y dadas las circunstancias sería judicialmente empleado en su contra. - . Entonces comenzaron a preguntarles cuáles eran sus quejas, etc.; se dijo que querían darles trabajo a las gentes según las reglas usuales en Manchester. La diputación preguntó si las personas reclutadas en Staffordshire y Escocia trabajaban en Manchester de acuerdo a las estipulaciones del oficio.- . No, fue la respuesta, con esas personas tenemos un acuerdo peculiar.- . ¿ Es decir que volveríais a dar trabajo a vuestra gente, y ello bajo las condiciones habituales? -Oh, no negociamos con ninguna diputación, pero si la gente viene sabrá en qué condiciones queremos darles trabajo.- . El señor Sharps añadió que todas las firmas en las cuales se hallaba su nombre siempre se habían comportado bien con respecto a los obreros y abonado los salarios más elevados. La diputación respondió que, si estaba asociado a la firma Pauling, Henfrey & Co., ella había oído decir que dicha firma se había opuesto violentamente a los más sentidos intereses de los obreros.- . Un ladrillero, integrante de la diputación, fue interrogado acerca de cuáles eran las quejas de su oficio. -Oh, ninguna en este momento precisamente, pero ya hemos tenido, suficientes⁵. - . ¿Oh, ya habéis tenido suficiente, verdad?, replicó riendo sarcásticamente el señor Pauling, y aprovechó la oportunidad para pronunciar una larga conferencia sobre asociaciones obreras, paros laborales, etc., y respecto a la miseria en que sumirían a los obreros, ante lo cual un miembro de la diputación observó que de ninguna manera tenían la intención de permitir que se les quitasen sus derechos parte tras parte ni de trabajar 144 horas gratuitas por año, como se les exige ahora, por ejemplo.- . El señor Sharps observó que también había que contar las pérdidas experimentadas por los participantes de la procesión por el hecho de no trabajar ese día, así como los costos del paro, la pérdida de los huelguistas en materia de salarios, etc.- . Uno de la diputación: eso no le importa a nadie salvo a nosotros mismos y no os pediremos que contribuyáis a ello siquiera con un solo céntimo de vuestros bolsillos. A continuación, la diputación se retiró, informó a los obreros reunidos en el salón de los carpinteros, ocasión en la cual se supo que habían venido no sólo todos los obreros que trabajaban para Pauling & Henfrey en la comarca (y que no eran carpinteros, por lo cual no habían paralizado sus tareas) para tomar parte en la procesión, sino que esa mañana también habían abandonado el trabajo varios de los escoceses recién importados. Un pintor también denunció que Pauling & Henfrey habían formulado asimismo a los de su oficio las mismas exigencias injustas que a los carpinteros, pero que también ellos pensaban ofrecer resistencia. Se resolvió que, a fin de simplificar las cosas y abreviar la lucha, paralizasen las tareas todos los obreros de la construcción de la firma Pauling & Henfrey. Así ocurrió. Al sábado siguiente dejaron de trabajar los pintores y el lunes

⁵ Ver anteriormente la sangrienta lucha en la fábrica de ladrillos de Pauling & Henfrey [véase página 155 y siguientes del formato pdf en [La situación de la clase obrera en Inglaterra](#), Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels - EIS.]

dejaron de hacerlo los vidrieros, y en el nuevo teatro para cuya construcción se había contratado a Pauling & Henfrey, pocos días más tarde sólo trabajaban aún dos albañiles y cuatro jornaleros, en lugar de 200 obreros. Varios de los recién llegados también suspendieron sus tareas.

Pauling, Henfrey & Co. echaban espuma. Cuando, una vez más, tres de los recién llegados comenzaron a parar sus actividades, fueron arrastrados ante Daniel Maude, *esq.*, el 22 de noviembre. Los descalabros anteriores no habían servido de nada. Primeramente compareció un tal *Read*, acusado de violación de contrato; fue presentado un contrato que el acusado había firmado en Derby. Roberts, quien se hallaba nuevamente en su sitio, observó de inmediato que entre el contrato y la demanda no existía la más remota afinidad, ya que eran dos cosas totalmente diferentes. Daniel Maude, *esq.*, lo comprendió de inmediato, ya que lo había dicho el terrible Roberts, pero debió afanarse durante mucho tiempo y en vano para hacérselo comprender al defensor de la parte antagónica. Por último, éste logró autorización para modificar esto, y después de algún tiempo volvió con una demanda mucho peor aún que la primera. Cuando vio que tampoco esto marchaba, pidió una nueva postergación, y Daniel Maude, *esq.*, le permitió reflexionar hasta el viernes 30 de noviembre; es decir, una semana completa. No tengo registrado aquí si logró abrirse paso entonces, ya que precisamente aquí me falta un número en la serie de los periódicos: aquél que debe contener el veredicto. Por su parte, Roberts pasó entonces a la ofensiva e hizo citar a varios de los obreros reclutados, así como a un capataz de Pauling & Henfrey porque habían irrumpido en casa de uno de los huelguistas y maltratado a su mujer; en otros dos casos habían sido atacados algunos de los obreros en huelga. Con gran pesar de su parte, Daniel Maude, *esq.*, debió condenar a todos los acusados, pero los trató con la mayor benevolencia posible y sólo les hizo abonar una caución con promesa de futuro buen comportamiento.

Por último, durante los últimos días de diciembre, los señores Pauling, Henfrey & Co. lograron un juicio favorable contra dos de sus adversarios, asimismo por malos tratos dispensados a uno de sus obreros. Pero esta vez el tribunal no fue tan benévolo. Los condenó sin más a un mes de cárcel y a caución por buena conducta una vez transcurrido ese lapso. A partir de este momento, las noticias acerca del *strike* se van tornando escasas. El 18 de enero aún se hallaba en plena marcha. No he hallado informes posteriores. Presumiblemente haya ocurrido lo que en la mayor parte de los demás; en el curso del tiempo, Pauling, Henfrey & Co. se habrán procurado un número suficiente de obreros de comarcas distantes y de desertores individuales de los adversarios; después de un paro de actividades de mayor o menor duración, y de la miseria vinculada con ello, la gran mayoría de los adversarios habrá hallado refugio en otra parte (y hallará el consuelo de no haber faltado a su propia dignidad y de haber mantenido en alto el salario de sus compañeros); y en lo que concierne a los puntos en disputa, Pauling, Henfrey & Co. habrán descubierto que no es posible imponerlos tan estrictamente, que también para ellos el *strike* estuvo vinculado con grandes pérdidas; y después de una lucha tan violenta, los restantes empresarios no pensarán en alterar tan fácilmente las antiguas reglas del oficio de carpintero.

F. ENGELS

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es